

843 PQ 2216  
D. 25  
S6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

ES PROPIEDAD



### LA LLEGADA

¡Qué viaje! Sólo de pensar en él treinta años después de haberlo hecho, siento todavía mis piernas como aprisionadas en un témpano de hielo y me veo acometido de calambres de estómago. ¡Dos días en un vagón de tercera clase y con un ligero trajecillo de verano! ¡Y con un frío...

Tenía yo dieciséis años; venía de muy lejos, de allá del fondo del Languedoc,



donde era pasante de escuela, para dedicarme á la literatura. Después de pagar el importe del billete, me quedaron en el bolsillo 40 monedas justas de á cinco céntimos; mas ¿por qué había de preocuparme siendo tan rico de esperanzas? Se me olvidaba que tenía hambre; á pesar de las seducciones de los pasteles y emparedados expuestos en los mostradores de las estaciones, no quería yo soltar aquella monedita de plata cuidadosamente oculta en mi faltriquera. Hacia el final del viaje, sin embargo, cuando el tren, gimiendo y zarandeándonos de un lado á otro, iba atravesando las tristes llanuras de la Champagne, estuve á punto de sentirme malo. Mis compañeros de viaje, marineros que pasaban el rato cantando, me alargaron una cantimplora. ¡Qué buenos muchachos! ¡Qué hermosas eran sus rudas canciones, y qué bueno su aguardiente balarasa para quien no había comido en dos días!

Aquello me salvó y me reanimó; el cansancio me daba sueño, y me adormecí, pero despertando sobresaltado periódicamente cuando el tren se detenía, y

volviendo á dormirme cuando emprendía de nuevo la marcha.

Un ruido estruendoso de ruedas al sonar sobre planchas de hierro, una gigantesca bóveda de cristal inundada de luz, puertas que se abren con estrépito, carretillas de equipaje que ruedan, una muchedumbre inquieta, atareada, empleados de la aduana... ¡París!

Mi hermano me esperaba en el andén. Muchacho práctico, á pesar de sus pocos años, penetrado del sentimiento de sus deberes de hermano mayor, se había provisto de una carretilla de mano y de un mozo de cuerda.

—Vamos á cargar tu equipaje.

¡Bueno estaba mi equipaje! Una maleta guarnecida de clavos, llena de rozaduras y más pesada que lo que llevaba dentro. Nos pusimos en marcha en dirección al barrio latino, á través de los desiertos muelles, por calles adormecidas, caminando detrás de nuestra carretilla, arrastrada por el mozo. Apenas era de día. No encontrábamos más que obreros con las caras amoratadas por el frío, ó repartidores de periódicos que se dispo-



nían á echar hábilmente por debajo de las puertas de las casas los diarios de la mañana. Los faroles de gas se apagaban. Las calles, el Sena y sus puentes, todo me aparecía tenebroso á través de la



niebla matinal. Tal fué mi entrada en París; arrimándome á mi hermano, con el corazón metido en un puño, experimentaba cierto involuntario terror mientras seguíamos en silencio á la carretilla y al mozo.

—Si no tienes mucha prisa por ver nuestro cuarto, iremos antes á desayunarnos, me dijo Ernesto.

—¡Sí! comamos.

Estaba literalmente muerto de hambre.

—¡Ay! La casa de comidas, una casa de comidas de la calle de Corneille, no estaba abierta todavía; tuvimos que esperar mucho rato paseándonos por la acera para entrar en calor, y alrededor del Odeon, que se me aparecía imponente con su vasta techumbre, su pórtico y su aspecto de templo.

Al fin se abrieron las puertas; un mozo medio dormido nos hizo entrar, arrastrando con ruido sus zapatillas puestas en chancleta y bostezando como los mozos de cuadra á quienes despiertan en las posadas donde se cambian los tiros





de las diligencias. Aquel desayuno al amanecer no se borrará jamás de mi memoria; me basta cerrar los ojos para ver la salilla de paredes encaladas y desnudas, con sus perchas clavadas en el blanqueado, el mostrador cargado de servilletas apiladas en montones, las mesas de mármol sin manteles, pero relucientes y limpias, copas, saleros y botellitas muy pequeñas llenas de un vino donde no había ni señales de zumo de uva, pero que me pareció excelente tal como era.

—¡*Tres de café!* se ordenó á sí mismo el mozo.

Como á tales horas no había nadie más que él en la sala y en la cocina, se contestó ¡bueno! á sí mismo, y nos sirvió *tres de café*, es decir, 15 céntimos de un café sabroso, balsámico, razonablemente endulzado, que desapareció en un abrir y cerrar de ojos, al mismo tiempo que dos panecillos servidos en una cestita de mimbre.

Pedimos después una tortilla, porque era demasiado temprano para una chuleta.

—¡Una tortilla para dos, bueno! mugió el mozo.

—¡Bien frita! gritó mi hermano.

Me incliné enternecido ante el aplomo y los modales del sibarita de mi hermano, y á los postres, mirándonos uno á otro de hito en hito, con los codos apoyados en la mesa, ¡qué de proyectos, cuántas confianzas nos hicimos sentados delante de un plato de pasas y de almendras tostadas! El hombre, después de comer, es mejor. ¡Adiós melancolía, inquietudes, preocupaciones! Aquel modesto desayuno me había embriagado como si hubiera bebido Champagne.

Salimos cogidos del brazo y hablando fuerte. Al fin había amanecido por completo. París me sonreía con todas sus tiendas abiertas. Hasta el Odeon mismo tomaba, para saludarme, un aspecto afable, y las blancas reinas de mármol del Luxemburgo, que entreveía yo al través de la verja en medio de los árboles despojados de hojas, parecían hacerme graciosas inclinaciones de cabeza y darme la bienvenida.

Mi hermano era rico. Desempeñaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL PASO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



las funciones de secretario de un señor viejo, el cual le dictaba sus memorias y le daba setenta y cinco francos al mes. Teníamos que vivir con esos setenta y cinco francos hasta que yo tuviese fama; compartir aquel cuartito en un quinto piso de la calle de Tournon, en el ho-



tel del Senado, casi en la guardilla; mas así y todo me parecía soberbio. ¡Una guardilla parisiense! Sólo de mirar las palabras *Hotel del Senado*, que se destacaban en letras muy gordas sobre la muestra de la fonda, halagaba mi amor propio y me

hacía experimentar desvanecimientos.

Enfrente del hotel, al otro lado de la calle, hay una casa que data del siglo pasado, con un frontón y dos figuras yacentes, que parece que se van á caer desde lo alto de la fachada á la calle.

—Ahí vive Ricord, me dijo mi hermano; el famoso Ricord, médico del Emperador.

El *Hotel del Senado*, el médico del Emperador, esas palabras gordas hacían cosquillas á mi vanidad y me deleitaban. ¡Oh! ¡las primeras impresiones de París!

Los magníficos restaurants del boulevard San Miguel, los edificios nuevos del boulevard San Germán y de la calle de las Escuelas, no habían ahuyentado



todavía del barrio á la juventud estudiantil; y, á pesar de su nombre pomposo, nuestro hotel de la calle de Tournon maldita la gravedad senatorial que tenía.

Había allí toda una colonia de estudiantes, horda procedente del Mediodía de Gascuña; muchachos muy alegres, muy satisfechos de sí mismos, muy altivos; estudiantes partidarios de la cerve-



za y de los discursos, que llenaban la escalera y el corredor con el estruendo de sus potentes voces de bajo profundo. Pasaban el tiempo hablando de todo y discutiendo sin tregua.

Nos los encontrábamos rara vez, sólo los domingos, y eso accidentalmente; es decir, cuando el estado de nuestros bolsillos nos permitía el lujo de comer en mesa redonda.

Allí fué donde vi á Gambetta. Era ya el hombre que hemos conocido y admirado todos. Satisfecho de vivir, feliz cuando hablaba, aquel locuaz romano injerto en galo se aturdíá á sí mismo con el ruido de sus discursos, hacía temblar las vidrieras al estrépito de su atonadora elocuencia, y terminaba casi siempre con ruidosas carcajadas. Ya reinaba sobre sus compañeros. En el barrio era un personaje, además, porque recibía de Cahors trescientos francos mensuales, cantidad enorme para un estudiante en aquellos tiempos ya remotos. Después hemos sido amigos. Pero entonces no era yo todavía más que un provinciano que había llegado á París

la víspera y que aún no había soltado el pelo de la dehesa. Me limitaba á contemplarlo desde lo último de la mesa, con mucha admiración y sin sombra alguna de envidia.

Él y sus amigos ocupábanse con ardimiento en la política; en el barrio latino ponían sitio ya á las Tullerías, en tanto que mis gustos, mis aficiones, mi ambición iban hacia otras conquistas. La literatura era el único objeto de mis ensueños. Sostenido por la ilimitada confianza que la juventud tiene en sí misma, pobre y radiante, pasé todo aquel año en mi guardilla haciendo versos. Es la mía una historia vulgar y conmovedora. París cuenta por centenares esos pobres diablos jóvenes que tienen por toda fortuna unos cuantos versos; pero no creo que nadie haya comenzado jamás su carrera en un abandono tan completo como el mío.

A excepción de mi hermano, no conocía yo á nadie. Míope, torpe y tímido, cuando salía de mi guardilla daba invariablemente vuelta al edificio del Odeon, paseaba por sus galerías, ebrio de mie-



do y de placer, ante la idea de que allí me encontraría con literatos cerca de la tienda de madame Gaut, por ejemplo; de madame Gaut, ya vieja, pero con magníficos ojos, brillantes y negros, la cual



permitía hojear los últimos libros expuestos en su escaparate, á condición de no cortarles las hojas.

Veíala yo charlando con el gran novelista Barbey d'Aurevilly; ella haciendo media; el autor de *Una vieja amante*, con un brazo puesto en jarras á la

*Merovingia*, con la solapa de su abrigo de viaje forrada de magnífico terciopelo negro, muy echada hacia atrás para que todo el mundo pudiera convencerse



de la suntuosidad de aquella prenda, modesta en la apariencia.

Alguien se aproxima; es Vallès. El futuro individuo de la *Commune* pasaba casi todos los días por la tienda de madame Gaut al regresar del gabinete de



lectura de la *señora Morel*, adonde tenía costumbre de concurrir todas las mañanas para leer y trabajar. Bilioso, burión, elocuente, siempre vestido con la misma levita mala, hablaba con voz ruda y metálica, muy en relación con su dura fisonomía de auvernés, adornada por fuerte barba que parecía un cepillo y que le llegaba casi hasta las cejas; aquella voz me ponía nervioso.

Acababa de escribir *El Dinero*, especie de folleto dedicado á Mirés y adornado, á guisa de viñeta, con un dibujo que representaba una moneda de cien *perros chicos*, y mientras llegaba á ser el socio de Mirés, se había hecho el amigo inseparable del antiguo crítico Gustavo Planche. El aristarco de la *Revista de Ambos Mundos* era por entonces un viejo corpulento, de aspecto duro, un Filoctetes hinchado, que arrastraba la pierna y cojeaba de lo lindo.

Un día tuve la audacia de espiarlos por una ventana del café de la calle de Taranne, empinándome sobre las puntas de los pies para alcanzar á la vidriera; era el café que estaba en la hoy derriba-

da casa donde vivió cuarenta años Diderot. Estaban sentados uno enfrente del otro; Vallès gesticulaba con animación; Planche se ocupaba en beber, copa tras copa, todo un frasco de aguardiente.

¡Y Cressot, el dulcísimo, el excéntrico Cressot, á quien Vallès inmortalizó después en sus *Refractarios!* ¡Cuán difícil me sería olvidarlo! Lo vi muy á menudo en el barrio, caminando pegado á las fachadas de las casas, paseando su triste cara de enfermo y su cuerpo larguirucho de esqueleto envuelto, en un abrigo muy corto.

Cressot era el autor de *Antonia*, un poema. ¿De qué vivía aquel hombrecillo? Nadie lo sabía. Un día un amigo que tenía en provincias le legó en su testamento una pequeña renta: aquel día Cressot comió y murió de eso.

Otra fisonomía de aquella época está grabada en mi memoria: la de Julio de la Madelène, uno de los mejores *poeta menores* de nuestra literatura en prosa, el harto poco conocido autor de creaciones excelentes por su belleza de líneas



verdaderamente clásicas: *Las almas en pena* y *El marqués de Saffras*. Modales aristocráticos, una cabeza rubia que hacía recordar el Cristo de Tintoreto, facciones delicadas y un poco enfermizas, ojos impregnados de tristeza, que lloraban siempre por el sol de la Provenza, su país. Las gentes se contaban su historia al oído; era la de un entusiasta y un valiente de la buena cepa.

En Junio de 1848, herido en las barricadas, lo dejaron por muerto en las filas de los sublevados. Recogido en medio de la calle por un burgués, permaneció oculto en casa de su salvador, cuya familia le cuidó tan bien, que se puso bueno. Una vez curado, se casó con la hija de la casa.

Codearse con hombres célebres, cambiar casualmente algunas palabras con ellos, era lo suficiente para inflamar la ambición.

«Yo también llegaré,» se dice uno lleno de confianza.

¡Con cuántos ánimos subía yo entonces las escaleras de mis cinco pisos, sobre todo cuando había logrado comprar

una vela que me permitía trabajar toda la noche, elaborar á los resplandores de su vacilante llama versos, planes de dramas, que se sucedían uno detrás de otro sobre las cuartillas de papel blanco! La audacia me daba alas. Ya veía el porvenir abrimme sus puertas de par en par.



Olvidaba mi indigencia, olvidaba mis privaciones, como aquella Noche-Buena que pasé haciendo versos con febril rapidez, mientras abajo los estudiantes la celebraban ruidosamente, y la voz de Gambetta, rugiendo por el hueco de la escalera, repercutiendo por las paredes del corredor, hacía vibrar los cristales de mi ventana, cubiertos de hielo.

Pero en la calle acometíanme de nuevo mis antiguos temores. El Odeon, en



particular, me llenaba de espanto; parecíame todo el año tan frío, tan imponente y tan inaccesible como el día de mi llegada. ¡Odeon! ¡La Meca de mis aspiraciones, objeto de mis íntimos deseos! Cuántas veces he renovado mis tímidas y secretas tentativas para franquear los augustos umbrales de la puertecilla baja por donde entran los artistas! ¡Cuántas veces he visto pasar por aquella puerta á Tisserant, radiante de gloria, con los hombros encorvados bajo su abrigo, con ese aire pacato y bonachón, imitado de Federico Lemaître! Detrás de él, amigablemente cogido del brazo de Flaubert y pareciéndosele como si fuera su hermano, á Luis Bouilhet, el autor de *Madame de Montarcy*, y á menudo también al conde de Osmoy, hoy diputado. Entonces estaban escribiendo los tres, en colaboración, una obra fantástica de grande espectáculo, que no ha sido representada. Detrás de ellos iba, siguiéndoles, un grupo compuesto de cuatro ó cinco gigantes de aspecto militar, todos normandos, cortados por el mismo patrón de cocareros, con bigotes rubios. Era la co-

orte de los Rouennais, los lugartenientes de Bouilhet, que aplaudían en los estrenos.

Luego Amadeo Rolland, Juan Duboys, Bataille, triunvirato más joven, empren-



dedor, audaz, que buscaba también los medios de escurrirse por la puertecilla como los pliegues de la amplia capeta de Tisserant.

Los tres han muerto, lo mismo que Bouilhet, á los comienzos de su carrera literaria, y por eso sin duda las galerías del Odeon, cuando paseo por ellas á la



hora del crepúsculo, me parecen hoy pobladas de sombras amigas.

Cuando hube terminado un tomito de poesías, me eché á buscar editor; llamé á la puerta de Miguel Lèvy, de Hachette. ¿Dónde no iría yo? Me colé en todas las grandes librerías, anchurosas como catedrales, donde la suela de mis botillos crujía horriblemente, y á pesar de las alfombras hacía un ruido espantoso. Empleados y dependientes de aspecto oficinesco me examinaban con aire de importancia y con gran frialdad.

—Quisiera ver al Sr. Lèvy... para hablarle de un manuscrito.

—Está muy bien; sírvase usted decirme su nombre.

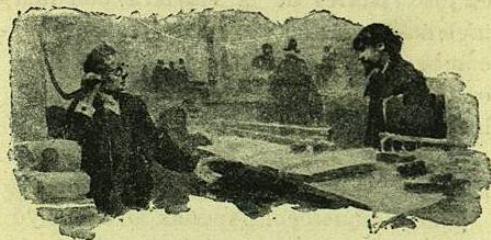
Y una vez dicho el nombre, el empleado, metódicamente, aplicaba sus labios á uno de los orificios del portavoz, y luego, llevándose el otro al oído:

—El Sr. Lèvy no está en casa, me decía.

El Sr. Lèvy no estaba nunca en casa, ni el Sr. Hachette; nadie estaba en su casa, gracias á aquel insolente portavoz.

Existía aún en el boulevard de los Italianos la Librería Nueva. Allí no había

portavoz ni orden administrativo; todo lo contrario. El editor Jacotet, que empezaba entonces á publicar sus tomitos á franco, una idea suya; el cual Jacotet era un hombrecillo regordete que se parecía á Balzac, pero sin la frente de Balzac, siempre en movimiento, acosa-



do por los negocios y por las comidas; agitando continuamente en su cabeza algún proyecto colosal y tirando el dinero. Aquel torbellino lo condujo en dos años á la bancarrota, y se marchó á fundar allí, al otro lado de los Alpes, el periódico *L'Italie*. Pero su tienda servía de salón á la flor y nata intelectual de los boulevares; allí se encontraba á Noriac, el cual acababa de publicar su *Regimiento núm. 101*; á Scholl, or-



gulloso con el éxito de su *Dionisia*; á Adolfo Gaiffe; á Aubryet.

Todos esos concurrentes habituales del boulevard, irreprouchablemente vestidos y hablando de dinero y de mujeres, me dejaron confuso cuando vi reflejarse mi persona, mezclada con las suyas, en los cristales de la vidriera, con mis melenas largas como un *pifferaro* y mi sombrero provincialiano. En cuanto á Jacotet, me daba constantemente citas para las tres de la tarde en la *Casa de Oro*.

—Allí hablaremos, decia, y firmaremos nuestro contrato en un pico de la mesa.

¡Qué embustero! ¡Apenas si sabía yo dónde encontrar su dichosa *Casa de Oro*! Sólo mi hermano me animaba y daba algún valor cuando llegaba yo desesperado á casa.

¡Una noche, sin embargo, le llevé una gran sorpresa y una grande alegría! *El Espectador*, periódico legitimista, aceptaba poner á prueba mi talento en calidad de cronista.

Fácilmente se figurará cualquiera el cuidado con que escribí mi primera crónica, preocupándome hasta de las con-

diciones caligráficas del trabajo. La llevo á la redacción, la leen, gusta; envían el artículo á las cajas. Espero, casi sin respirar, la aparición del número. ¡Vamos, bueno! París está perturbado; unos



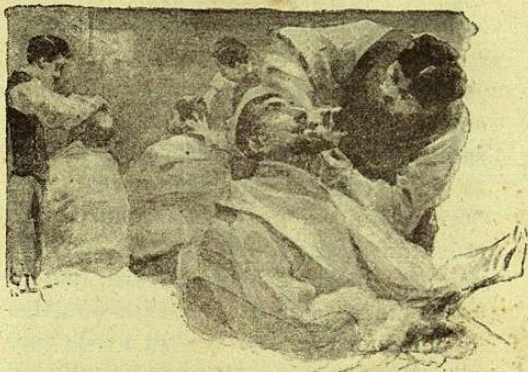
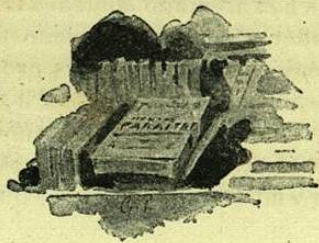
italianos han atentado contra la vida del Emperador. ¡Estamos en pleno terror; los periódicos son perseguidos, prohibían la publicación del *Espectador*! La bomba Orsini había destruído mi crónica.

No me maté, pero pensé en el suicidio. Y, sin embargo, el cielo se compade-



cía de mi miseria. El editor á quien tanto buscara yo, se me venía á las manos; era el librero Tardieu, de la calle de Tournon, una puerta más abajo de la de mi casa. Era también literato, y algunas obrassuyas habían tenido éxito: *Mignon*, *Por un alfiler*, composiciones del género sentimental, escritas con tinta color de rosa. Lo conocí una noche que vagaba por los alrededores de nuestro hotel y que él se había sentado á la puerta de su tienda. Editó mis *Amorosas*.

El título atraía, así como el elegante aspecto del tomo. Algunos periódicos hablaron de mi obra y de mí. Mi timidez voló. Iba yo valerosamente á las galerías del Odeon para ver cómo marchaba la venta de mi libro... y hasta me atreví, al cabo de algunos días, á dirigir la palabra á Julio Vallès. Ya había yo salido á luz.



#### VILLEMESSANT (1)

Voy algunas veces—cuando coinciden mi necesidad personal con el azar de mis excursiones—á que me arreglen la barba ó me corten el cabello á casa de Lespès. Es un rincón curioso y muy parisiense ese gran establecimiento de barbero que ocupa toda la esquina de la casa Frascati, entre la calle Vivienne y el boulevard Montmartre. Como clien-

(1) Escrito en 1870.